

“deséchalos. Esas yerbas que crees insípidas, son tus verdaderas riquezas, cultívalas esmeradamente y aguarda sus frutos.”

Y en verdad, bajo el aliento benefactor del Padre y en el delicioso clima de la casa paterna, aquellas yerbas instantáneamente crecieron y se convirtieron en hermosos y opulentos árboles, en arbustos bellísimos y en plantas primorosas.

Y todos floridos.

Y todos cargados de frutos fragantes y sabrosos.

En verdad, aquel conjunto era un Paraíso. . . . !

Entonces la voz del Padre continúa: “Te hallas, hijo mio, en la mansión de la felicidad. Jamás te abandoné en tus peregrinaciones, y te compadecía cuando te equivocabas en tu amor filial; pero al fin encuentras tu bello ideal posible, ínterin me conoces. En tu paraíso no falta ni aun el árbol del bien y del mal. Ninguna prohibición te impide el comer sus frutos, pero éstos son dobles. Los unos dulcísimos y salutíferos. Los otros amargos y venenosos. Destruye éstos y cultiva aquellos, y el árbol no dará sino frutos benignos y celestiales. Recógnos al fin tus riquezas. Tú te afanabas por hacerme un regalo magnífico y lo buscaste en vano por toda la faz de la tierra, cuando en tu hogar paterno poseías un tesoro en aquella flor que tienes delante de tus ojos: cultívala y ella me será agradable.”

Y de facto, el joven vió una bellísima y fragante flor, blanca como la azucena, y cubierta de follaje como la violeta.

Tenia cuatro pétalos su elegante corola, y su diáfano pistilo estaba ornamentado con estambres tan brillantes como polvos de oro.

Al lado de aquella deliciosa planta corría un límpido arroyuelo, y sus aguas transparentes se deslizaban tranquilas sobre esmeraldas, diamantes y rubies.

Entonces el joven tomó con el hueco de sus manos de aquella agua deliciosa y regó con ella la prodigiosa planta.

¡Mas oh portento! Aquel modesto tallo comenzó á desarrollarse con asombrosa rapidez, y se elevó cual un árbol gigante!

Pero su múltiple tronco no era fijo y monótono, sino móvil y sublime presentaba, ya el aspecto de bellas columnatas, ya el de enverjados maravillosos y ya el de elegantes kioscos.

Sus flores así mismo cambiaban todas las tintas del iris, y reflejando la luz como piedras preciosas, embalsamaban el ambiente con todos los perfumes gratos al olfato, y que se sucedían en el placer.

Su follaje presentaba también los goces del tacto y de la vista.

Unas veces las ojas brillaban tersas y lustrosas como luciente raso; otras veces presentaban el color mate y profundo del terciopelo, y otras la transparencia y gracia del encaje.

Pero sus frutos, ¡oh, sus frutos regalaban al gusto con los mas exquisitos y variados sabores, y saños y nutritivos, regeneraban vida inmortal!

El árbol creció aún, hasta que tomó las proporciones de un sublime y magestuoso templo.

Comió el joven de sus frutos, y en el instante se sintió fuerte y adulto, y levantando la cabeza hácia los cielos, vió por entre el follaje desarrollarse la estension hácia el infinito en un fondo mas brillante que el zafiro, y velado por nubes mas graciosas y variadas que los fuegos del ópalo.

Entonces percibió sonidos melodiosos y celestiales, y una ráfaga de prodigiosa luz alumbró suavísimamente sus ojos.

El se prosternó y conoció con el corazón y con el instinto del alma, que aquella luz no era su Padre, pero sí una imagen de su Padre; y lleno de efusión sintió

tanto placer y amor, que solo pudo decir estas sencillas palabras: “¡Padre mio, yo te adoro, bendito seas!”

Y oyó una dulce voz que le contesta: “Hijo mio, sé feliz, yo te amo y te bendigo!”

He aquí la parábola que os ofrecí, y estimaría saber que la habeis comprendido.

P. ¡Oh, sí! El niño en la casa paterna es la humanidad en su origen, buena, sencilla y amorosa, gobernada Paternalmente, amando sobre todo á su celestial Padre, Dios.

Mas queriendo conocer á éste materialmente, se lanza al mundo de los sistemas y de los sacrificios, y solo recoge afanes y penas, y corre tras de ilusiones.

Reflexiona al fin que Dios no quiere dejarse ver en esta vida de la miope vista humana, y se vuelve la humanidad desengañada hácia el hogar paterno; la religion natural, llevando como frutos de sus investigaciones unas cuantas flores marchitas, las ciencias y las virtudes; muchos abrojos, las pasiones facticias y los vicios; y algunas yerbas que cree insípidas, las pasiones naturales. Estas fructifican protegidas por la religion, y forman el edén. Entre las pasiones naturales se halla en verdad como fundamental, el libre albedrío; es decir, el árbol de dobles frutos, los dulces y los amargos; pero cultivando los primeros y extinguiendo los segundos, llegará á ser al fin el árbol del absoluto bien. ¿Me direis ahora cuál es la flor blanca agradable á Dios?

R. Sí, ella es la Providencialidad, pura, bella, fragante, pero nacida entre humilde follaje: los cuatro pétalos de su corola son las virtudes Providenciales, y su diáfano pistilo es la felicidad, fecundada con los estambres de oro del amor virtuoso. Regada con el límpido arroyo de la inteligencia y cultivada con las manos de la humanidad, llega á ser el árbol magestuoso y benefactor de la vida, y constituye al fin el templo erigido por el amor. Con los frutos de aquel árbol maravilloso, verdadero árbol de la libertad, el género humano se siente fuerte y adulto, dirige su vista hácia el infinito y percibe la eterna luz de la verdad, imagen de Dios, y se prosterna y adora á su Padre, y siente el amor y la bendición de su Dios en la felicidad.

He aquí en resúmen el origen, el progreso social y el porvenir de la humanidad.

Ella se ha desviado ciertamente del recto sendero hácia el cumplimiento de su grandioso destino, y no es extraño por esto que haya sufrido tantas miserias, tantas decepciones, tantas catástrofes, y que el mal y el error constituyan hoy su triste posición en este planeta.

Penoso, penoso y lamentable es el análisis que he tenido que hacer de la historia humana, en cumplimiento del propósito analítico de las anteriores páginas de este catecismo: “¿será la humanidad feliz sobre la tierra?”

En efecto: hemos visto que los hombres, llenos de los elementos del bien y de la felicidad, solo han sabido hacerse desgraciados y perversos. ¡Ah, si tal hubiesen de ser los resultados de sus futuros esfuerzos, sería necesario decir adios á la esperanza, y maldecir al género humano como incapaz de bondad, de beneficencia, de acierto y . . . de felicidad!

Pero la parábola que antecede nos alumbró una nueva vía en el porvenir de la humanidad; nos indica que ésta se ha desviado de su naturaleza y destino, y que aun es posible volver al punto de partida del género humano, enriquecido éste con las costosas lecciones de la esperiencia y de la ciencia. Esta nueva vía, alumbrada por la Providencialidad del hombre, debe conducirlo infaliblemente hácia el cumplimiento de su noble destino, y en consecuencia, hácia la felicidad.

Por lo tanto, yo, aunque sinceramente convencido de mi deficiencia, ensayaré manifestaros los medios con que cuenta el hombre, y los esfuerzos que debe hacer para conquistar su ventura en la vida temporal, y con ella sus méritos para obtener el eterno premio en la gloria de Dios.

*Rel. natu-
nal al
Prov. me-
gación de
todas las
dunas
807*

tanlo placer y amor, que solo pudo decir estas sencillas palabras: "Padre mio, yo te adoro, bendito seas".

Y oyd una dulce voz que le contesta: "Hijo mio, sé feliz, yo te amo y te bendigo".

He aquí la parábola que os ofrece y estimaría saber que la habéis comprendido.

P. Ojalá el niño en la casa paterna esta humanidad en su origen, buena, sencilla y amorosa, experimenta paternamente, amando sobre todo a su celestial Padre, Dios.

Mas queriendo conocer a este materialmente, se lanza al mundo de los siete mas y de los sacrificios, y solo recoge afanes y penas, y corte tras de ilusiones.

Reflexiona al fin que Dios no quiere dejarse ver en esta vida de la misera vista humana, y se vuelve la humanidad desengañada hacia el hogar paterno; la religión natural, llevada como frutos de sus investigaciones unas cuantas flores marciales, las ciencias y las virtudes, muchos arbores, las pasiones facticias y los vicios, y algunas yerbas que crece inspidas, las pasiones naturales. Estas facticias con protegidas por la religión, y forman el edén. Entre las pasiones naturales se halla en verdad como fundamental, el libre albedrio; es decir, el árbol de doble fruto, los dulces y los amargos; pero cultivando los primeros y extirpando los segundos, llegará a ser al fin el árbol del absoluto bien. Me diréis ahora cuál es la flor blanca agradable a Dios.

R. Si ella es la Providencialidad, pura, bella, fragante, pero nacida entre humildes follajes: los cuatro pétalos de su corona son las virtudes Providenciales, y su dilatado pistilo es la felicidad, fecundada con los estambres de oro del amor virtuoso. Regada con el líquido arroyo de la inteligencia y cultivada con las manos de la humanidad, llega a ser el árbol magnifico y benéfico de la vida, y constituye al fin el templo erigido por el amor. Con los frutos de aquel árbol maravilloso, verdadero árbol de la libertad, el género humano se siente fuerte y abundante, dirige su vista hacia el infinito y percibe la eterna luz de la verdad, imagen de Dios, y se prosterna y adora a su Padre, y siente el amor y la bendición de su Dios en la felicidad.

He aquí en resumen el origen, el progreso social y el porvenir de la humanidad. Ella se ha desviado ciertamente del recto sendero hacia el cumplimiento de su verdadero destino, y no es extraño por esto que haya sufrido tantas miserias, tantas decepciones, tantas catástrofes, y que el mal y el error constituyan hoy su triste porción en este planeta.

Pensad, amigos, y lamentable es el análisis que he tenido que hacer de la historia humana, en cumplimiento del propósito analítico de las anteriores paginas de este catecismo: "¿será la humanidad feliz sobre la tierra?".

En efecto: hemos visto que los hombres, llenos de los elementos del bien y de la felicidad, solo han sabido hacerse desagradados y perversos. ¡Ah! si tal hubiesen de ser los resultados de sus futuras estrofas, sería necesario decir adios a la esperanza, y maldecir al género humano como incapaz de bondad, de beneficencia, de acierto y... de felicidad.

Pero la parábola que antecede nos alumbró una nueva vía en el porvenir de la humanidad; nos indica que esta se ha desviado de su naturaleza y destino, y que aun es posible volver al punto de partida del género humano, erigido este con las costosas lecciones de la experiencia y de la ciencia. Esta nueva vía, alumbrada por la Providencialidad del hombre, debe conducir indubitablemente hacia el cumplimiento de su noble destino y en consecuencia, hacia la felicidad.

Por lo tanto, yo, aunque sinceramente convencido de mi debilidad, ensayare manifestaros los medios con que cuenta el hombre, y los estrofos que debe hacer para conquistar su ventura en la vida temporal, y con ella sus méritos para obtener el eterno premio en la gloria de Dios.

PROGRAMA SINTETICO

DE LAS SIGUIENTES PAGINAS.

LA HUMANIDAD SERA FELIZ SOBRE LA TIERRA.....